

LOS DE LINZ

JOSÉ JUAN TOHARIA (1)

Conocí a Juan Linz en junio de 1967 en la oficina que entonces tenía DATA en la Gran Vía madrileña. Por edad, Juan solo me llevaba 16 años, pero decenios, decenios y decenios en cuanto a estudio y sabiduría. Su figura, además, empezaba ya a ser legendaria. Así que acudí a la cita sumamente intimidado y, en ese momento, no demasiado agradecido a Amando de Miguel —que fue quien concertó el encuentro— por alentar mi osadía de pretender sucederle como «segundo alumno de Linz en Estados Unidos». (No necesito decir que, posteriormente, no he dejado un solo día de sentirme en deuda con Amando por aquel empujón.)

Aquella primera charla fue larga y cordial, pero también, he de confesarlo, ininteligible en buena parte para mí. Sencillamente porque Juan consideró adecuado leerme («recordarme», como gentil y generosamente prefirió decirme) varios —largos— párrafos de *El científico y el político*, de Max Weber. En alemán. Leía enfatizando lo que le parecía especialmente relevante para el caso (es decir, según luego comprendí, para *mi* caso), y de vez en cuando, alzando del texto su mirada azul, me hacía un medio guiño de complicidad que parecía significar: «De acuerdo, ¿verdad?» Tardé mucho en atreverme a interrumpirle. Lo hice aprovechando una de esas toses que solía causarle el humo del permanentemente encendido cigarrillo, que por lo general se consumía apaciblemente por su cuenta, como resignado a no tener apenas otra función que la de espolvorear ceniza sobre todo lo que ponía a su alcance la mano de Juan al moverse en el aire. «Creo —le dije finalmente— que me he

(1) Catedrático Emérito de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid y presidente de Metroscopia.

explicado mal: yo lo que sé es francés, no alemán». «Bueno, pero seguro que has captado lo esencial del texto, ¿no?». Y añadió con otro aparente guiño de complicidad cuya razón inmediata tampoco entendí: «Nunca sobra releer estas páginas para tener bien presente la radical diferencia que existe entre actividad investigadora y acción política».

Lo que ocurría es que Juan, sabedor de mi por entonces implicación (ideológica y laboral) en la aventura de *Cuadernos para el Diálogo*, que pilotaba Joaquín Ruiz-Giménez, quería que quien aspiraba a convertirse en discípulo tuviera meridianamente claro, para evitar futuros equívocos, que a su lado aprendería exclusivamente (y en lo que fuera capaz) a hacer ciencia social, no acción política. Pero eso era, precisamente, lo que yo pretendía. Y así se lo dije. Solventado este doble malentendido inicial, y definitivamente aclarado que ni yo sabía alemán ni quería dedicarme a la política, mi relación con Juan quedó debidamente encarrilada para sobrevivir incólume a los 46 años siguientes, no precisamente exentos de cambios, vaivenes y acontecimientos de todo tipo. Nunca más hubo entre nosotros malentendidos, y la complicidad fue, desde entonces, siempre compartida, por encima del tiempo, de la distancia, de las vicisitudes vitales o, incluso, de los ocasionales desacuerdos.

Durante la transición a la democracia, los viajes de Juan a España se hicieron especialmente frecuentes. Fue una etapa de su vida que me parece especialmente destacable cuando escribo estas líneas, en marzo de 2014, al poco del fallecimiento de Adolfo Suárez: aquellos años han vuelto a ocupar el primer plano de la atención nacional. En aquel período, tan incierto como convulso, complejo y decisivo para nuestro país, Juan no solo logró seguir dedicando sin tasa sus energías a sus cada vez más numerosos (y geográficamente más plurales y dispersos) discípulos, amigos o colegas jóvenes, sino que se convirtió en «traperero del tiempo», por utilizar la expresión del doctor Gregorio Marañón, inventándolo incluso donde no lo había, para poder así ejercer de incansable y desinteresado interlocutor de cuantos actores políticos del momento recabaron su consejo y opinión (2). Y fueron —doy fe de ello— muchos, por no decir prácticamente todos. Voy a citar tan solo un ejemplo, sin duda ilustrativo. Uno de las más enfáticas recomendaciones de Juan a Suárez, en el otoño de 1976, en los primeros momentos de su mandato, fue que —contra lo que algunos pedían— no convocara unas elecciones municipales *antes* de haber celebrado unas generales. Hacerlo hubiera supuesto introducir una dinámica perversa al coexistir instituciones ya ple-

(2) Fueron también momentos en los que, en su permanente lucha contra el reloj, llegó a aceptar frecuentemente —y con tan deportiva naturalidad como dudosa sensatez— que Manuel García Ferrando le llevara de paquete (¡con su usual bolsón de libros!) en su moto, una Vespa, «para ganar tiempo» cuando, desde DATA, se dirigía a alguna cita, conferencia o entrevista.

namente democráticas a escala local con otras instituciones a nivel nacional todavía por democratizar. (Años después, Mikhail Gorbachev, que careció de un Juan Linz que le alertara, tuvo ocasión de comprobarlo.)

Fue aquella una etapa físicamente agotadora en la que Juan pasó casi tanto tiempo en el avión como en la Universidad de Yale, pero que le permitió asistir en primera línea a lo que sin duda había sido el principal anhelo e hilo conductor de su vida intelectual, emocional y personal: la consolidación de un sistema plenamente democrático en el que —pese al relativamente corto tiempo en que físicamente vivió en él— siempre consideró su único país. Un país, conviene resaltarlo, que él había elegido como suyo, porque pudo perfectamente haber optado por ser alemán o estadounidense, y no lo hizo. Toda su vida se tejió en torno a España, aunque no la viviera en ella. Es sabido que Juan (entonces Hans) nació en Bonn, que en Alemania pasó su infancia y que el alemán fue su primera lengua. Su madre, que era española (y una mujer, por cierto, admirable por su entereza y arrojo y por su capacidad intelectual) decidió, tras enviudar, regresar a España con el pequeño Hans/Juan. Pero, éste, una vez aquí, y ya preadolescente, padeció una extraña dolencia de clara apariencia psicósomática que nadie lograba diagnosticar. Finalmente, un médico especialmente lúcido y perspicaz (sin duda, perteneciente al ilustrado círculo intelectual en el que se movía su madre) entendió la naturaleza del mal y le supo poner remedio. Le cogió de las manos, le miró fijamente a los ojos, y —según relataba el propio Juan— le dijo: «Eres español, Juan. Este es tu país». Y quedó curado.

España no solo era el país de su madre (a la que tanto quería y tan pronto perdiera), sino el país al que decidió unir para siempre su propia estabilidad emocional; el país en el que encontró a Rocío (y, con ella, a una familia que quería y admiraba, y que le quiso y admiró: los Terán); y el país en el que ha dejado una nómina de discípulos («*los de Linz*») cuya contribución a la consolidación y desarrollo de las ciencias sociales en nuestra vida académica e intelectual ha sido, sencillamente, decisiva. La nómina de los que nos consideramos «los de Linz» es enorme. Está constituida por todos aquellos para quienes Juan ha supuesto un referente decisivo en cuanto a curiosidad y honestidad intelectual, generosidad y apertura de espíritu, tolerancia y respeto por los demás y, por añadidura, un ejemplo cotidiano de una virtud escondida y humilde pero emblemática en él: la bondad. Los de Linz —diferentes y variados como somos— compartimos unas señas de identidad comunes: la certeza de haber tenido el privilegio de hacer gran parte de nuestro camino a hombros de un gigante y el compromiso —compartido— que ello nos impone de esforzarnos sin tregua para honrar con nuestros trabajos y esfuerzos la memoria de un maestro-amigo-hermano que nos marcó a todos profundamente y para siempre.